

## MANERAS DE SOÑAR: CERVANTES Y MISERICORDIA

Juan F. Egea

En la novela *Misericordia* casi cada personaje se da a soñar despierto. Por necesidad o por desesperación, el individuo imagina para poder seguir adelante. Realidad e imaginación sostienen una pugna prolongada cuyo campo de batalla se desdobra: las ensoñaciones vanas de la depauperada clase media isabelina, por un lado; por otro, las invenciones necesarias de las capas sociales casi indigentes del Madrid finisecular. Es un sueño que podríamos llamar quijotesco el que vertebra la narración. Sueño cervantino, más bien, que ha caído en manos de una burguesía venida a menos, que es ya un mal nacional.

Nuestra lectura de la novela de Galdós tendrá como continuo punto de referencia ese universo creativo cervantino en el que la dialéctica imaginación/realidad constituye el drama interior de los personajes. El seguimiento de la evolución del personaje de don Romualdo nos sirve de cauce. El clérigo inventado es, en puridad, un sueño que cambia de manos.

Y no queremos invocar el nombre de Cervantes en vano. Ricardo Gullón, Gustavo Correa, Francisco Ayala... el puente que se puede tender entre los dos novelistas peninsulares por excelencia tiene ya abogados de fama. En ocasiones la conexión ha llegado al detalle. *Angel Guerra*, *Nazarín*, el título de *La desheredada*, las líneas iniciales de *Tristana*, incluso el nombre de algún personaje en *Lo prohibido*... en la novelística del canario ya se han rastreado resonancias cervantinas de manera muy puntual<sup>1</sup>. Pero lo puntual es muy a menudo mitad juego mitad tributo. Más significativa nos parece la conexión Galdós/Cervantes en términos generales; por ejemplo, como novelistas que sufren períodos históricos bastante similares donde, a expectativas de prosperidad general, les sucede el desengaño más sentido (H. L. Dondle, 1985). O, también, como escritores que, sustancialmente, trabajan y exploran esa tierra de nadie que es el espacio que separa la realidad (la realidad social, la que

<sup>1</sup> Para la ampliación de este punto, véanse las obras citadas más abajo: DOWDLE, 1985; DOLGIN, 1989, 1990; RODRÍGUEZ/HIDALGO, 1985 y RODRÍGUEZ/DONAHUE, 1983.

se acepta como creación colectiva) y la capacidad de resistencia a ella del individuo por medio de la imaginación.

En *Misericordia* también se puede descender al detalle. El nombre de Cervantes puede llegar a ser un eco constante. Existen coincidencias de tono, de giros idiomáticos, de muletillas conversacionales que deliberadamente obviamos. Excede también los límites de nuestro ensayo la posibilidad de identificar Sanchos y Quijotes entre las atribuladas figuras de ficción que pueblan la novela, aunque, si bien de manera tangencial, parecerá que lo hacemos aquí. Más interés tiene leer *Misericordia* casi con ojos cervantinos y atender a esas «zonas de realidad e imaginación» que se imbrican de continuo, según el ya clásico análisis de Joaquín Casaldueño (1961). Tómense, por ejemplo, las siguientes palabras de Robert Russell: «*Misericordia* es un mundo donde el hambre es una bendición, la escasez es abundancia, el criado es señor, la derrota es victoria y la ilusión es realidad» (1967, 104). Cámbiese el título *Misericordia* por el de *El Quijote*, y la descripción de ese paisaje de fondo contra el que se proyecta el deambular de los personajes novelescos sigue cuadrando. Benina ha sido el personaje tildado con más generosidad de quijotesco (Entrambasaguas, 1957). Sin embargo, puestos a asignar papeles concretos a Nina, antes le corresponden otros. Para doña Francisca Juárez, Benina tiene por momentos trazas de un Sancho Panza femenino y mendicante, mientras que para el ciego Almudena a la anciana le está reservado, muy a su pesar, el papel de «señora de sus pensamientos» (208)<sup>2</sup>. Dudoso honor, si se considera que esta vez la dama debe sufrir también los apedreamientos de su caballero. Y es que, a pesar de las posibles coincidencias, es todavía difícil justificar la identificación entre Benina y algún personaje cervantino en concreto. Las relaciones que ésta establece con ama y marroquí, en cambio, sí son de la materia de la que están hechas las que unen a los alucinados personajes de Cervantes. En los diálogos nocturnos entre Benina y Doña Paca reverberan aquellos otros en los que caballero y escudero entretienen sus desvelos. La relación entre señora y criada, además de otros ingredientes, está constituida por un continuado comercio de sueños. Sueños que nacen preferentemente de Benina, pero que las dos juntas se encargan de moldear. Don Romualdo, como veremos, ejemplifica cabalmente ese fenómeno.

La primera charla de ambas mujeres a la que asistimos trata precisamente del inventado clérigo. Nótese que Benina sólo se acomoda al discurso de su señora. Doña Paca es la que le da pie a la anciana para construir su relato en torno al personaje ficticio; luego cae en ese estado de ansiedad con el que el Caballero de la Triste Figura recibía a Sancho tras alguna de sus mensajerías. Es el «cuéntame» de la señora el que agranda lo que fue mentira puntual e improvisada. Las dos terminan utilizando

<sup>2</sup> La paginación de las citas que aparecerá entre paréntesis pertenece a la edición de Luciano GARCÍA LORENZO, *Misericordia*, Madrid: Cátedra, 1982.

relatos ficticios de toda laya y sueños de riqueza súbita «para atenuar las horas tristes» (108). Pasan luego del relato a la acción. A instancias de su señora, Benina llega a pasear por la alcoba en busca de pruebas que confirmen la existencia de tesoros ocultos:

oyeron un retintín metálico, que no podía provenir más que de las enormes cantidades de plata y oro (más oro que plata seguramente) empotradas en la vetusta fábrica. Con esta ilusión se durmieron ambas, y en sueños seguían oyendo el tin, tin... (224).

Aunque mucho y bien se ha escrito de Benina como trasunto simbólico de Cristo (Russell 1967), párrafos como el anterior delatan que el mundo de ensoñación, la realidad inestable que circunda a la anciana y las respuestas psicológicas que provoca en ella, sí pueden ser más cervantinas que evangélicas. A la vuelta de San Bernardino Benina encuentra el domicilio de doña Paca completamente transfigurado. «Benina», leemos, «creía soñar. Sin duda los demonios habían levantado en peso la casa para cargar con ella, dejando en su lugar otra que parecía la misma y era muy diferente» (295). Y no sólo lo primero es echar mano a los «encantadores que la persiguen» como explicación inicial; con ojos quijotescos, que antes inventan que miran, ve piedras preciosas donde hay mero cristal, joyería mágica donde cuelga una simple lámpara (296).

«Los sueños, los sueños», ha dicho Benina un poco antes, «digan lo que quieran (...) son también de Dios; ¿y quién va a saber lo que es verdad y lo que es mentira?» (201). Por momentos, casi nadie en la novela lo sabe. Cada uno de los personajes centrales tiene sus segundos de vuelo sobre la gris realidad en la que de ordinario se mueve. Falta saber si todos ellos son de la misma textura.

Parece quedar claro que los sueños de los personajes de clase media y los de la pareja Benina-Almudena no nos dejan colocarlos en la misma categoría. Según Eamonn Rodgers lo que los diferencia es que la actividad imaginativa de los mendigos es «positiva» mientras que los demás «abusan de su facultad creadora» (1986, 188). Podría ser. Pero creemos que lo que puede diferenciarlos es, más bien, la razón por la que cada cual sueña. La diferente manera en que Galdós nos deja contemplar los vanos sueños de Obdulio o Frasquito y los de la sufrida Benina hace de los primeros ridículo anhelo por aferrarse al boato social perdido y de los de la protagonista superstición de «almas que en ninguna parte hallan consuelo» (187). Igual de perniciosos son el soñar huero del —según el texto— «galán marchito» y la «marchita dama» que el de Benina, Almudena y su rey Samdai. Pero mientras para el primero no hay razón de ser posible, para el segundo encontramos una tímida justificación, digamos, poética. «Si aquello no era verdad, debía serlo», se dice Benina pensado en el espejismo de riquezas que el riffeño ha sembrado en sus esperanzas. De hecho, Benina es responsable de la única actividad soñadora que no apunta hacia lo pecuniario: «...digo que no hay justicia, y para que la haiga, soñaremos todo lo que nos dé la gana, y soñando, un suponer,

traeremos acá la justicia» (202). Es un último grito de idealismo social que, tal vez, se le escapa a Galdós por boca de su protagonista. Lo importante es que si se cede en considerar esa actividad soñadora como positiva, el signo de sus resultados parece contradecirnos. Irónicamente son Obdulia, Frasquito y doña Paca los que, en cierto grado, ven cristalizar sus anhelos. Benina que, en realidad, se ha dejado llevar por los sueños de los demás —sea doña Paca o Almudena—, sufre más que nadie el desengaño final. Y es que la anciana, lo hemos ya sugerido, es menos un ser que sueña que uno que posibilita el sueño ajeno. En ella se incuban tanto las fantasías de su ama como las de su ciego enamorado. En ella pugnan con más virulencia hasta hacerla dudar de sí, y confundir lo que es invención propia y férrea realidad. Ella misma se convierte momentáneamente en ser de dudosa existencia. Es una evanescencia pasajera que la afantasma mínimamente justo cuando la mixtificación de don Romualdo tiene más visos de realidad.

En un episodio de nuevo sabor quijotesco, Benina es tomada por quien no es, luego apedreada por ello. Los mendigos de las Cambroneiras parecen el reverso cruel de los galeotes o cabreros del *Quijote*. Si éste no puede imponer sus ilusiones, a Benina llega a hacersele imposible imponer su realidad. Para la multitud de mendigos es doña Guillermina Pacheco; cuando no pueden creerlo más, se lo hacen pagar. Benina es semillero —cuando no vertedero— de sueños ajenos y es, ella misma, invención de los que la rodean. Así lo es tanto para Almudena, que la ha hecho señora de sus pensamientos, como para doña Paca que también a construido su Benina. Una doña Paca que patéticamente le recomienda a don Romualdo «que no haga ningún caso de las Beninas figuradas que puedan salir por ahí, y se atenga a la propia y legítima Nina» (269). La Benina «verdadera» que clama conocer doña Paca es sólo la que ella idealiza, la que en realidad desconoce. Es también la que dio principio a la ilusión de un don Romualdo que en la mente de la viuda seguirá incólume cuando ya Benina se haya convencido de su calidad ficticia. Si hemos hablado de dos formas de embellecer la realidad o falsearla, Don Romualdo es el eslabón que une a ambas mujeres, a ambas clases sociales. Don Romualdo es un sueño compartido. Su evolución a lo largo de la novela parece sugerir en qué ha dado la locura soñadora que con Cervantes significaba la construcción de una realidad más digna, a la medida del individuo.

La discusión que rodea al personaje parece haber descendido a los dominios de la aritmética. ¿Cuántos don Romualdos hay en *Misericordia*? Si uno (Kronik 1981), Benina puede ser personificación de un pequeño dios, o, al menos, del propio novelista; si dos (Rodgers 1986), todo ha sido una extraña coincidencia: podemos respirar tranquilos, Galdós no se nos escapa del cajón realista en el que lo teníamos confinado. ¿O sí? Probablemente son dos los don Romualdos. Uno es invención, el otro realidad. Ambos comparten mágicamente el mismo nombre y apellido. Ambos desempeñan idéntico oficio. Pero aun siendo dos, la inverosimili-

tud de su coincidencia onomástica y la oportunidad de la aparición del real en tan estrecha relación con el ficticio, desdican del verismo del relato. Esa mágica casualidad no es propia de la estética que entendemos como realista. Sin entrar en discusiones teóricas acerca de lo que sea o no realismo, parece razonable convenir en que debe renunciar voluntariamente a lo que, aun siendo posible en la realidad, sería increíble en la literatura. «Si lo pongo en una novela, nadie me lo cree», es la socorrida frase. Galdós no renuncia a poner a los dos don Romualdos en *Misericordia* quizá por las implicaciones simbólicas que de ello se obtiene. Sigamos la evolución de este «milagro realista» (Gullón 1974) que es *Misericordia* por mor de nuestro don Romualdo Cedrón.

Es en el capítulo VI donde doña Paca nombra por primera vez en el texto al sacerdote ficticio. Que don Romualdo sea una invención de Benina para excusar su tardanza, se confirmará tres capítulos más tarde. En primera instancia sospechamos de que la criada no ha pasado la tarde en casa de don Romualdo, no de la existencia de éste. Ya hemos señalado que Benina se acomoda «al son que le toca su señora» (97). Si una mente, la otra necesita de esa mentira, se solaza en ella y, en cierto modo, la usufructa. Se nos dice que:

(doña Paca) deseaba conocerle, y por las noches, engañando las dos su tristeza con charlas y cuentos, le pedía noticias de él y de sus sobrinas y hermanas, de cómo estaba puesta la casa, y del gasto que hacía; a lo que contestaba Benina con detalladas referencias y pormenores, simulacro perfecto de la verdad (119).

Benina, por su parte, pronto empieza a confundir realidad e ilusión. Cae en momentos de caos mental en los que se deja engañar por su propia entelequia (114). Don Romualdo pronto se acomoda de diferente modo en la mente de las dos personas en las que habita. Cuando Benina baja la guardia y lo empieza a creer real, es en la vecindad de esa otra veleidad imposible en torno a las riquezas escondidas del rey Samdai. Las dos se desvanecen por igual: fungibles como el sueño de la lotería. Doña Paca, en cambio, se apropia del clérigo inexistente para soñarlo pieza importante en las noticias de una hipotética herencia. Ya sabemos que cuando el verdadero don Romualdo aparezca, se amoldará más al sueño de la dama rondeña que al de su creadora. Entretanto, al ritmo que sus apariciones menudean, aumenta la perplejidad de Benina y, por ende, la del lector. Galdós deliberadamente prolonga la creencia de que el milagro se ha obrado, de que Benina ha inventado a don Romualdo Cedrón. El capítulo XXXIII debería deshacer el espejismo. Aunque el interrogatorio de doña Paca no termina de aclarar algunos puntos oscuros, don Romualdo parece confirmar que no es él el clérigo que Benina crea. Pero si al lector se le permite por fin escapar de la ilusión, no así a las dos mujeres. Para doña Paca don Romualdo pervive como el que Benina inventó. De esta manera se lo dice a su recién recuperada criada:

nos lo ha hecho tu D. Romualdo, ese bendito, ese arcángel, que en su modestia no quiere confesar los beneficios que tú y yo le debemos (...) Pero es él, es él, porque no puede haber otro, no, no puede haberlo, que realice estas maravillas (297).

No puede haber otro don Romualdo. Benina no puede haberse dedicado a la mendicidad en su nombre. Doña Francisca Juárez no puede haber sobrevivido todo este tiempo de limosnas. El sueño ha cambiado ya de mente; sobrevive en manos de una burguesía que sólo se cura de sí misma. Benina, al final, debe volver en sí, debe acabar cuerda. Por fin le es dado conocer al verdadero padre Cedrón, al que diagnostica que España es ya «inmensa gusanera de pobres» (269). «Ya estoy segura», dice Nina, «después de mucho cavilar, que no es el D. Romualdo que yo inventé» (317). Desengaño beneficioso, cuando la locura soñadora ya no puede ser la que con Cervantes se elevó a digno batallar con lo real y desciende en cambio a simple auto-engaño, a prurito de continuismo, a un cerrar los ojos a la existencia de los demás. El «muera Don Quijote» que, de acuerdo con José Montesinos (1968), Galdós grita en su obra, está justificado. El sueño es ya mal nacional, no embellece la realidad, ni siquiera la hace doler menos, mucho menos la dignifica; vuelve a esconder la mediocridad de una clase media isabelina que a finales de siglo no hace sino perpetuar la ubicua sombra de la ubicua Orbajosa.

## OBRAS CITADAS

- CASALDUERO, Joaquín, *Vida y obra de Galdós*. Madrid: Gredos, 1961.
- DOLGIN, Stacey L., «Nazarín: A Tribute to Galdós' Indebtedness to Cervantes», *Hispanofilia* 33 (1989): 17-22.
- «Nazarín and Galdós Point of View», *South Atlantic Review* 55 (1990): 93-102.
- DOWDLE, Harold L., «Galdós' Use of Quijote Motifs in *Angel Guerra*», *Anales Galdosianos* 20 (1985): 113-122.
- ENTRAMBASAGUAS, J. de, *Las mejores novelas contemporáneas I*, Barcelona: Planeta, 1957.
- GULLÓN, Germán, «*Misericordia*: un milagro realista», *Letras de Deusto* 8 (1974): 171-185.
- KRONIK, John W., «*Misericordia* as Metafiction», *Homenaje a Sánchez Barbudo*, Ed. Benito Brancaforte et al. Madison: Univ. of Wisconsin, 1981, 37-50.
- RODGERS, Eamonn, «¿Cristales o diamantes? La verdad de la mentira en *Misericordia*», *Anales Galdosianos* 21 (1986): 187-94.
- RODRÍGUEZ, Alfred; HIDALGO, Linde L., «Las posibles resonancias cervantinas de un título galdosiano: *La desheredada*», *Anales Galdosianos* 20 (1985): 19-23.
- RODRÍGUEZ, Alfred; DONAHUE, Darcy, «Camila: La denominación de un personaje de Galdós», *Anales Galdosianos* 18 (1983): 75-77.
- RUSSELL, Robert H., «The Christ Figure in *Misericordia*», *Anales Galdosianos* 2 (1967): 103-130.
- MONTESINOS, José F., *Galdós*, Madrid: Castalia, 1968.

